SERIE I   AÑO I   N.º 1   Director, LUIS CANO.



LECTURA AMENA

SUMARIO:

MEDELLIN
IMPRENTA DE *El Espectador*.
1904.

REPUBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año I | *Medellín,* 15 *de Septiembre de* 1904. | *N.°* 1º

JUEGOS FLORALES

[**Para Lectura Amena.**]

"*Unémonos, unémonos*.... como decía un correligionario mío, que hablaba mal, pero ni era marqués, ni publicaba versos."

CLARÍN.

Y ya que el "Centro Artístico" de Medellín, donde los artistas se han dado cita, no con la egolatría de quienes van á tapiar las puertas y á poner la luz bajo el celemín, sino, y aquí lo bueno, á producir para que se vea, y á prodigarnos, en bellas obras de pincel y pluma, las excelencias del arte; de un arte que nos indique un amanecer brillante, después de una noche caliginosa y triste, y reconforte nuestro espíritu abatido por esa pesadilla apocalíptica de cuatro años que llevamos; ya que el "Centro Artístico", decimos, se propone hacer que "la mitad más bella del humano género", la mujer, éntre de lleno en sus trabajos, ora como artista, y ya como *reina* de la fiesta que prepara con laudable entusiasmo, para que ella sea el árbitro de los triunfadores en la lid, nos parece más que oportuno, al apoyar aquí la idea grandiosa de aquellos intelectuales, decir algo á los lectores de esta Revista, sobre lo que han sido y son los "Juegos Florales", que quisiéramos ver implantados aquí, donde la belleza y cultura de la mujer serían desde luégo un gran factor que facilitaría en alto grado su aclimatación.

—

Si la raza sajona, más poderosa y fuerte por su espíritu industrial y eminentemente positivista, que por los dones de la inteligencia, ha llegado casi á dominar el mundo, es un hecho que á la raza latina ha correspondido, por su imaginación portentosa y cualidades de cerebro, ir delante de aquella, desplegada la bandera del arte, como emblema del más alto sentimiento estético. Noblemente altruista y caballeresca, ella ha dado de sí nacionalidades, instituciones y caracteres que han pasado á la historia, dando á esta los más salientes tonos de gloria verdadera. Homero y Cervantes; Sófocles y Rossini; Fidias y Miguel Angel y mil más, se levantan de esta raza, como peristilos de oro, sobre los cuales la gran musa latina extiende su gracioso manto artístico recamado de obras inmortales. No en el campo del sentimiento y del arte ha sido vencida esta raza por aquélla, sino en el de un vulgar positivismo; donde el número y la fuerza han primado sobre la razón y el derecho. Ello ha sido el vencimiento del noble hidalgo por miserables

yangüeses. Brote natural de aquel sentimiento altruista en la raza latina, fué la dignificación de la mujer, con la cual, á estas horas, trafican otras razas. La mujer, fuente perenne de inspiración para el poeta; modelo escogido y ambicionado por el pintor; blasón en el escudo y objeto de empresas inauditas para el caballero, á cuyas plantas rendía él sus costosos laureles, vino á ser el alma de instituciones que no sólo la redimieron, sino que la elevaron al rango de árbitro y juez en justas y torneos. Una de aquellas instituciones, y de la cual nos ocupamos hoy, fué y es, la de los Juegos Florales, donde la mujer, rodeada del respeto que merece y armada de los atributos que la naturaleza y las gracias le prodigan, imparte como reina de la fiesta, el premio que, en noble y pacífica lucha, han obtenido el pintor, el poeta, el literato, colmando la ambición más sagrada y estimulando al trabajo á todo sér que ame la gloria de su patria, y su propia gloria.

"Decir Juegos Florales (tomamos de *Hojas Selectas*) equivale á nombrar la fiesta de la luz, de la juventud, de la primavera que surge, de la vida que estalla, de la belleza que triunfa: es la fiesta de la mujer enaltecida, del ideal que vence, de la poesía que subyuga. Sonríase en horabuena el hombre vulgar y positivista que toma tales solaces por insignificantes fruslerías.... Ello es lo cierto que la institución de los Juegos Florales avanza arraigando cada día en distintos pueblos; que en algunas regiones ha hecho nacer literaturas completas, y sin que nadie tenga la insensatez de sospechar que de cada concurso ha de surgir un nuevo genio, no han faltado ocasiones en que, gracias á los mismos, se han revelado autores que hoy ya son de fama universal."

Los "Juegos Florales" son sencilla y llanamente un concurso anual de artistas (poetas, pintores, novelistas etc. etc.) en que la dama elegida por el triunfador y que se nombra *Reina de la Fiesta*, entrega el premio al artista premiado que la eligió. Hay Juegos Florales en casi todos los pueblos de España, pero especialmente en Barcelona, Valencia, Palma, Murcia, Granada, Sevilla, Córdoba, Oviedo y Jaen; en Tolosa, Colonia y Lisboa, donde se celebran con pompa inusitada, y donde ofrecen, además, la hermosa costumbre de acompañar á la Reina de la fiesta un séquito de hermosas damas llamado *Corte de Amor*.

"Los señores del Capitolio, ó sea el Municipio de Tolosa, se constituyeron en protectores de los Juegos Florales, acordando que la Ciudad costeara el premio de la *violeta de oro*." "Además de ésta, le fueron ofrecidas al Consistorio del *Gay Saber*, que así se llamaba la sociedad, una *englantina* y una *caléndula* ó acacia silvestre para las composiciones dignas de distinción."

Para los autores de la mejor composición patriótica, religiosa, ó de tema libre, existe el premio de la *flor natural*, que se llamó de *honor y cortesía*. Este premio confería al ganador el derecho de nombrar la Reina de la Fiesta, encargada de entregar las joyas á todos los autores laureados.

"El descubrimiento de poetas de gran valía, desconocida aun por ellos mismos, no es caso raro en la Historia de los Juegos Florales de Barcelona, pero nos contentaremos con citar uno solo.

En el año de 1865, poco antes de empezar la Fiesta, se acercaba al Presidente del Consistorio, que lo era el historiador D. Antonio de Bo-

farull, un joven labriego á consultarle si podía presentarse con su *birretina* ó gorro catalán á recoger un premio que había alcanzado.

"El modesto campesino no era otro que el después famosísimo poeta Jacinto Verdaguer." Empleado en una casa de campo é impuesto del concurso, borroneó sus primeras composiciones; al año siguiente triunfaba de nuevo "y cuando en 1868 le vió el gran Mistral, pudo ya adivinarle y tocar su frente pronunciando las proféticas palabras: Tu Marcellus eris" En 1877 los Juegos Florales coronaban su *Atlántida*, otorgándole la más justa y estruendosa de las ovaciones.

Por muchos aspectos estamos de acuerdo con el atildado escritor que en *Vida Nueva* nos invita á salir al monte, sin demora, so pena, hoy más que ayer, de morir de inanición; pero se nos ocurre la idea de preguntarle: En el estado de ocio en que vivimos, en la insociabilidad en que nos ahogamos, ¿una institución parecida á la que hemos bosquejado aquí, no apresuraría, en cierto modo, la solución del problema de nuestra conciliación, dándonos todos mano de amigos y corazón de hermanos en el terreno del arte? ¡Cuántos jóvenes inteligentes y susceptibles de emulación, podrían por este medio, sorprendernos con lujosas aptitudes, empañadas hoy como cristales por el hálito del vicio! Y como *la verdad es que todo se necesita*, según Clarín, no olvidemos que si los machos necesitamos el monte, no debemos hacer de la ciudad un monte silencioso, deshabitado y triste para quien, como como la mujer, tiene derecho á preocupar nuestra atención.

Hasta otra vista, Sr. Director.

B. TEJADA CORDOBA.

SOÑADA......

De noche, soñoliento, mi ansiosa mente indaga,
en pos de lo que dicen los giros errabundos
que esconde mi adorada, como misterios hondos,
en la tristeza vaga
de sus ojos profundos,
y negros y redondos.

Que venga la soñada soñadora al conjuro!
Venga! grité en mi sueño.... Y en mi alcoba vagaba
entre la oscura clámide, abandonada y sola.
Su cuerpo en el oscuro
ondulaba, ondulaba
con su vaivén de ola.

Con su vaivén de ola llegóse quedamente
y dijo la palabra. ¡Oh verbo incomparable
de su boca purpúrea, que al ósculo provoca!
Y acarició mi frente

el hálito impalpable
de su rosada boca.

"Amor" fué la palabra de mágica fragancia
que dulce y quedamente dijérame al oído
cuando Tristeza y Fuego en íntimo connubio
llevaron á mi estancia
su espíritu encendido
con ardoroso efluvio!

"Amor es la tristeza" traduje en los flotantes
círculos misteriosos que giran errabundos;
amor es la tristeza en los oscuros fondôs
de sus ojos brillantes,
de sus ojos profundos
y negros y redondos!

ANTONIO J. CANO.

LA CORONA DE ZORRILLA

No es para tanto. Que la corona de oro regalada al trovador de España esté en una casa de préstamo, ni es para verter *lágrimas de sangre*, ni para indignarse, ni para desempeñarla por suscripción pública.

¿Qué importa que la corona ande de *Ceca en Meca*? ¿Va á empequeñecerse la gloria de Zorrilla porque esa corona pase de manos de un usurero á las de alguien que la transforme en *pasta mineral catalana* que dicen los clásicos de las Peñuelas?.... Ningún empleo mejor pudo darle Zorrilla que utilizarla en atender apremios de la existencia ó en darse un gusto, si sólo por darse un gusto la empeñó. Por algo es de oro la corona; porque es de oro la tomó el prestamista y la empeñó el poeta. ¿No se vende la gloria hecha líneas para vivir? Pues lógico es que se empeñe la gloria hecha metal, para comer, para divertirse ó para lo que al glorificado se le antoje. Si las coronas no sirvieran para eso ¿para qué servirían?

Es más, yo creo que los que regalan coronas de metales preciosos, lo hacen con tal idea, con la idea de que el agasajado la traduzca cuando lo desee en dinero. Feliz previsión, sin la cual, tendrían los *gloriosos* que comerse las ediciones de sus libros á falta de otros manjares más digeribles.

¡Ah, las coronas!.... Yo tuve una de plata, con botoncitos de oro y dos cintas de vara y media en las que se me llamaba eminente (creo que era eminente), y tuve una casa y un casero y no tuve dinero para satisfacer el recibo.... Lo traía el casero en persona.... Entrámos juntos en mi despacho. No tengo dinero—le dije.—Pues si no me paga usted, le pongo los trastos en la calle—respondió el propietario del inmueble.—¡Hombre, espere usted unos días!—le interrumpí yo.—

Hombre, no espero, me interrumpió él.—¡Pero si no tengo!....¡Si hubiera de que hechar mano!....—¿Y esa coronita?—repuso el hombre del recibo.—Me parece que bien le darán á usted por ella los doce duros que vale el alquiler del cuarto. Empéñela usted. Bien venidos los bienes que de apuros nos sacan!

¡Tiene razón!—pensé yo.—Y sin lágrimas en los ojos, sin cursilerías de ninguna especie, descolgué la corona y la llevé á una casa de préstamos. Las cintas me las devolvieron. El *eminente*, no valía un ochavo.

Granada en testimonio de entusiasmo por su inmortal cantor entregó á Zorrilla una corona de oro. ¿Que esa corona va á ponerse á la venta? ?Que acaso y sin acaso dejará el oficio de corona por otro más común y de mejor salida en las tiendas de alhajas? ¿Y qué se ha perdido con eso? Nada. Los granadinos seguirán admirando á Zorrilla y Zorrilla siendo un gran hombre. Aparte de que muerto él, la corona no tiene uso. ¿Se la iba á poner algún pariente del insigne cantor, para recibir las visitas?....¡Pues entonces!....Que la venda el prestamista cuando le dé la gana. Lo que ha de vivir de Zorrilla, no se cotiza afortunadamente en las casas de préstamos. Su obra y su nombre; no precisan, para ser admirados, reverenciados y eternizados, de cintajos encomiásticos y de laureles pignorables.

No hay motivo para afligirse por la suerte de la corona; no lo hay tampoco para censurar al poeta como hacen algunos caballeros.

Aparte de que esto de las coronas anda de capa caída....Ni las de los reyes están seguras en estos tiempos....Unos las empeñan; otros las dejan y á otros se las hacen dejar á trastazos.

Sólo que un rey que empeña la corona es un pillo; un rey que la deja un pobre hombre, y un rey á quien se la quitan, un personaje para Alfonso Daudet. A esto se reduce un monarca cuando se queda sin el *artefacto*.

Los poetas, no. Para ser grandes y respetados, no les hace falta ostentar en la mesita de su despacho una corona de oro. Los poetas son grandes por sí mismos. No necesitan accidentes áureos para parecerlo.

Además que siempre les queda una corona que llevar:

La de espinas.

La envidia tiene fábrica permanente de ellas.

JOAQUÍN DICENTA.

LA "GIOCONDA"

DE LEONARDO DE VINCI.

Esfinge de belleza que sonríes tan misteriosamente en el lienzo de Leonardo de Vinci y pareces proponer á la admiración de los siglos un enigma que todavía no han resuelto!....una atracción invencible lleva las almas siempre hacia ti. ¡Oh! ¿quién es, en efecto, el que al contemplarte no ha permanecido largas horas ante esa cabeza bañada en me-

dias tintas crepusculares, circundada de rizos transparentes y cuyas líneas, nadando en suave vapor violeta, semejan una creación de la fantasía á través de la negra gasa del ensueño? ¿De qué planeta ha descendido, en mitad de un paisaje azul, este sér extraño, con su mirada que promete voluptuosidades desconocidas, y su expresión divinamente irónica?....Leonardo de Vinci imprime á sus figuras tal sello de elevación y superioridad, que irresistiblemente nos sentimos desconcertados en su presencia. Las penumbras de sus ojos profundos ocultan secretos vedados á los profanos, y las puras inflexiones de sus labios burlones son dignas de los dioses que poseen la absoluta sabiduría y desprecian dulcemente las vulgaridades humanas. ¡Qué fijeza inquietante y qué sardonismo sobrehumano en esas pupilas saturadas de sombra, en esos labios ondulosos como el arco del Amor después de haber disparado la saeta! ¿No podríamos decir que la Gioconda es la Isis misteriosa de un culto subterráneo, que, creyéndose sola, descorre su velo, debiendo el imprudente que la sorprenda volverse loco y morir?....Jamás el ideal femenino ha revestido formas más indeleblemente seductoras. Bien podéis creer que si Don Juan hubiese encontrado en su camino de seducción á Mona Lisa del Giocondo, se hubiera ahorrado el trabajo de inscribir en su agenda galante, tres mil nombres de mujeres; porque al trazar este solo, las alas de su deseo se habrían negado á llevarle más lejos, por haberse desplumado y fundido al verse heridas por el negro sol de aquellas pupilas.

TEÓFILO GAUTIER.

FILTRACION

Que á las dulces Gracias la áurea lira loe;
Que el amable Horacio brinde un canto á Chloe,
Que á Margot ó á Clelia dé un rondel Banville,
Eso es justo y bello: que esa ley nos rija!
Eso lisonjea y eso regocija
A la reina Venus y á su paje Abril.

El ilustre cisne, cual labrado en nieve,
Con el cuello en arco, bajo el aire leve
Boga sobre el terso lago especular;
Y aunque no la dice, va ritmando un aria
Para la entreabierta rosa solitaria
Que abre el fresco caliz á la luz lunar.

Albas Margaritas! Rosas escarlatas!
No guardáis recuerdos de las serenatas
En que un tierno pájaro os habló de amor?
Conocéis la gama breve y argentina
En que enamorado, su canción divina
Con su bandolina trina el ruiseñor?

Esas tres estrofas, deliciosa amiga,
Son un corto prólogo para que te diga
Que tus ojos llenos de luz sideral,
Y tus labios, rimas ricas de corales,
Merecen la ofrenda de los madrigales
Floridos de líricas rosas de cristal.

De tu ardiente gracia los elogios rimo;
De un rosal galante la fragancia exprimo,
Para ungir la alfombra donde estén tus pies;
Yo saludo el lindo triunfo de las damas,
Y en mis versos siento renacer las llamas
Que eran luz del tiempo del Rey-sol francés!

RUBÉN DARÍO.

ROCHEFORT POETA RELIGIOSO

Pocos, entre nosotros, sabrán que Enrique Rochefort, á más de gran periodista ha sido notable poeta, y apenas habrá quien sospeche que el Redactor de *La Linterna* y de *El Intransigente* ha hecho sonar en su lira la cuerda religiosa. La ha hecho sonar, sin embargo, y no de cualquier modo sino con maestría suficiente para ganarse el premio de la Caléndula de oro (*souci d'or*) en los Juegos Florales de Tolosa el año 1855. En Francia mismo es poco conocido el "Soneto á la Virgen" con que obtuvo Rochefort aquel triunfo, aunque sí se sepa generalmente que lo escribió y se le hayan dado innumerables y pesadas bromas por ello. El autor del libro *Avant la gloire*, de quien tomamos estas noticias, ha sacado á luz hace poco la célebre poesía, acompañada de estas palabras: "Considerado únicamente como producción artística, este soneto me parece muy notable, y quizá no le falte para ser apreciado en su verdadero valor, sino llevar al pie la firma de Josefino Soulary ó la de Anvers." Este elogio no puede ser más expresivo, pues Soulary y Anvers son contados entre los mayores sonetistas de Francia. Como *souci*, á más de significar caléndula, vale por *cuidado*, *inquietud*, *desasosiego*, jugando del vocablo dice Henri d'Arméras en su obra citada, que á Rochefort le ha producido su laureado soneto á María, *beaucoup plus de souci que d'or*. La traducción que más adelante publicamos, hecha de prisa por uno de nuestros colaboradores, no tiene más objeto ni pretensión que dar alguna idea de esta curiosidad literaria. Por si hubiere quien desee hacer una versión cuidadosa y verdaderamente artística, ponemos en seguida el texto original:

Toi que n'osa frapper le premier anathème;
Toi qui naquis dans l'ombre et nous fis voir le jour;
Plus reine par ton cœur que par ton diadème,
Mère avec l'innocence et vierge avec l'amour,

Je t'implore là—haut, comme ici—bas je t'aime,
Car tu conquis ta place au céleste séjour,

Car le sang de ton Fils fut ton divin baptême,
Et tu pleuras assez pour régner à ton tour.

Te voilà maintenant près du Dieu de lumière.
Le genre humain courbé t'invoque la première,
Ton sceptre est de rayons, ta couronne est de fleurs.

Tout s'incline à ton nom, tout s'épure à ta flamme,
Tout te chante, ô Marie, et pourtant quelle femme
Même au prix de ta gloire eût bravé tes douleurs?

TRADUCCIÓN

Oh! hija de la sombra, que das luz refulgente;
Mujer libre del rayo del primer anatema;
Reina por la dulzura más que por la diadema;
Esposa siempre virgen, madre siempre inocente!

La sangre de tu Hijo santificó tu frente,
Y herida por la espada de tu dolor emblema,
Llorando conquistaste la morada suprema,
A donde amor y ruegos te envío reverente.

Junto al del Sol Eterno tu solio se levanta;
De hinojos clama el hombre que la primera eres;
La luz te forja cetros, corónante las flores;

Tu mirar purifica, y ante tu nombre canta,
Postrado, cuanto existe....¿Mas cuál de las mujeres,
Ni al precio de tu gloria, quisiera tus dolores?

LA INVITACION DEL DOCTOR

(Traducido por F. Martínez Rivas.)

Ganuchet, el pintor de flores y de naturaleza muerta, cuyas pinturas se ven en el comedor de todo vecino regularmente acomodado, permanecía, aquella mañana, delante de la estación de San Lázaro, mirando las mujeres que pasaban.

El contacto de un brazo, que se deslizó bajo el suyo, le hizo volver rápidamente la cabeza.

—¿Era usted, doctor?

—¿Y mi cuadro?

Ganuchet se acordó entonces de un vago compromiso, contraído en un baile, el invierno precedente, en el hueco de una ventana, compromiso que necesitaba de más confirmación, viniendo como venía de un hombre concido por su proverbial distracción.

—Un cuadro de flores ¡verdad! dijo al azar.

—Sí, un ramo de rosas.

—Desde que los rosales están en flor, yo....

—Mis jardines de Reuil están en plena floración, dijo el doctor, venga usted conmigo, y escogerá allí su modelo, luégo almorzaremos juntos.... Vamos, me lo llevo á usted.

El pintor interrogó el cielo, enteramente azul, que presagiaba un hermoso día, y respondió:

—¿Por qué no?

Y los dos, cogidos del brazo, subieron la escalera de la estación.

Una vez en Reuil, el cupé del doctor los llevó en algunos minutos á la casa de locos que había hecho la fortuna de M. Rigaud; las industrias de esta clase, son siempre lucrativas, y sobre todo cuando se instalan á las puertas de una ciudad.

Ganuchet no pudo reprimir un movimiento instintivo de temor, á la vista de los altos muros que rodeaban el establecimiento; pero su penosa impresión desapareció al ver el brusco cambio de decoración.

Al primer golpe de vista nada dejaba presumir el objeto á que estaban destinados aquellos lugares. Un vasto césped, verde y abundante, se extendía frente á las habitaciones, de un solo piso, que tenían el aspecto de queseras suizas, con su armazón de madera labrada. Los muros desaparecían bajo los rosales, las clemátides, las madreselvas, y sin sus ventanas cerradas, hubiera sido difícil imaginar que servían de asilo á los locos. ¿Cómo presumir que aquellas paredes, tapizadas de verdura, abrigaban á los miserables, que en ese parque, conservado con un minucioso cuidado, daban sus paseos, y que aquellos ramos de flores no podían ser admirados sino por los ojos de los dementes? Pues el doctor Rigaud, amante apasionado, había reunido allí los más preciosos rosales. El pintor, deslumbrado, conocedor también, apreciaba en su valor aquella reunión de las más raras variedades.

—Le provoca á uno ser loco—dijo entusiasmado.

—Humm, interrumpió el doctor moviendo la cabeza. Pero ya es la hora de mi visita y tengo que dejarle. Almorzaremos á las doce. Coja usted las flores que guste, y hágame un cuadro digno de los modelos que le proporciono.

Y llamando al celador, que le seguía á alguna distancia,

—Padre Robiquet, le dijo, custodie al señor, y déjele coger las flores.

Pero el doctor acompañó sus palabras, sea por distracción, por costumbre profesional ó por impresión nerviosa, con un guiño del ojo, que el guarda interpretó de un modo significativo.

Ganuchet, arrebatado, corría de rosal en rosal, escogiendo las rosas más bellas, formando ramos bajo la mirada del mudo celador, que observaba á su nuevo cliente. ¡Había visto á tántos! Los traían de París en un coche, en que dos ó tres parientes y amigos los habían hecho subir, bajo pretexto de un paseo al campo.

Se desmontaban sin miedo, seducidos por el risueño aspecto del jardín, donde se les dejaba vagar libremente.

Después, parientes y amigos se eclipsaban, y el pobre pájaro quedaba prisionero.

A la verdad, éste, que había venido únicamente con el doctor, no era peligroso. Alguno que no hubiera tenido experiencia, ó que no estuviese prevenido, lo habría tomado por un sér dotado de toda su razón, pero ese viejo Robiquet reconocía que su locura consistía únicamente en coger flores.

¿Por qué esos saltos, esas sacudidas, esas carreras desordenadas, de un rosal á otro, esas paradas bruscas, esa movilidad, esas rosas cogidas, y arrojadas con un movimiento nervioso? ¿Por qué ese sombrero medio tumbado á puñetazos, esos feroces ojos azules, y sobre todo, esa manía de pasar las flores, de la mano izquierda á la derecha, y luégo de la derecha á la izquierda, y por último, arrojarlas al suelo y contemplarlas con la nariz cogida entre el índice y el pulgar? Eran los síntomas manifiestos de su enfermedad cerebral.

Efectivamente, el pintor no satisfecho, buscaba en vano un conjunto que le satisficiera. Sin cesar modificaba la disposición del ramo, cuyos colores no armonizaban á su deseo. Colocaba una rosa escarlata junto á una azafrán, y chocado por lo fuerte del contraste, volvía á comenzar su combinación de colores.

Cansado de luchar, arrojaba al suelo las flores, que se agrupaban artísticamente al caer.

¿Apeles, desesperado de imitar la espuma en la boca de un caballo, no había creado una obra maestra con solo arrojar despechado el pincel contra la tela?

Menos feliz que su ilustre y antiguo cofrade, Ganuchet se puso á componer su cuadro, en una posición nerviosa y cómica que aumentaba las sospechas del guarda.

Este último, desesperado por la destrucción de las rosas, resolvió poner fin á todo aquello, capturando al loco, que había sido confiado á su vigilancia.

Valiéndose de la astucia, llenó una regadera de agua, que colocó en un departamento vecino, y propuso al pintor que refrescase sus rosas, que se marchitaban bajo el ardiente sol de Junio.

Ganuchet aceptó la oferta sin temor, pero al querer salir del cuarto, se encontró con el padre Robiquet que corría los cerrojos á la puerta.

—¿Qué significa esta chanza? exclamó el pintor.

—Esté usted tranquilo, amigo mío.

—¡Abra! se lo repito.

—Una vez adentro, no se puede salir sino después de la visita del doctor.

—Pues bien, vaya usted á buscarlo.

—No se le puede molestar cuando está almorzando.

—Ah! y yo que estaba invitado á almorzar con él!

—Vaya, vaya....sígue charlando, amigo.

—Le prohibo á usted que me tutee, gritó el pintor, furioso.

El guarda levantó los hombros; Ganuchet dijo en vano su nombre, su profesión, afirmó que estaba en pleno uso de su razón, que el doctor le había invitado á coger unas flores para sacar un cuadro. Pero ¿quién hace caso de lo que dice un loco? Imposible, el celador oyó las injurias y las amenazas del pintor exasperado, que gesticulando, blandía la navaja, aún abierta, de que se había servido para cortar las flores.

Asustado á la vista de aquella arma, que daba vueltas bajo su nariz, el padre Robiquet juzgó prudente evitar un atentado contra su persona.

—No tiene, sin embargo, el aire de un malvado—murmuraba entre dientes ¡Cómo nos engañamos!

Sin moverse de su puesto, apoyó el dedo sobre un botón. Un sonido eléctrico se oyó á lo lejos, y dos robustos guardas penetraron en el estrecho cuarto. Desarmado, prisionero, Ganuchet se vió, bien pronto, vestido con la camisa de fuerza. Una vez que lo dejaron solo, y reducido á la inmovilidad, se puso á gritar pidiendo socorro, pero se calló al ver que las acolchadas paredes de su celda, donde no entraba la luz sino por una claraboya de gruesos vidrios, impedían que sus gritos se oyesen afuera.

Su exaltación disminuyó poco á poco, y la aventura acabó por parecerle tan graciosa, que no pudo reprimir una carcajada. Su encierro no duraría largo tiempo, pues el estómago le anunciaba que la hora de almorzar estaba próxima.

Resignado, ocupó su ocio involuntario en combinar el ramo, cuyas rosas permanecían aún entre la regadera; percibió entonces una rosa roja que resaltaba sobre otra pálida, formando un horrible contraste, y conoció que esta fea mezcla de colores, que le era imposible remediar, le hacía sentir mejor lo incómodo de su vestido.

Se habían pasado cerca de dos horas cuando el Dr. Rigaud, que había almorzado copiosamente y que daba un paseo digestivo, vió las rosas tronchadas y se acordó repentinamente de su convidado. Maldiciendo su incurable distracción, supuso que Ganuchet, cansado de aguardar, había regresado á París.

Pero el padre Robiquet, que aguardaba la llegada del doctor, le dijo con aire de triunfo.

—¡Ya está preso el nuevo cliente.

—¡Desgraciado!

El doctor saltó como si una víbora le hubiese mordido el pie, y corrió á poner en libertad al prisionero, quien, siendo, como es, un buen muchacho, no ha conservado ningún rencor contra su verdugo.

El doctor Rigaud nunca confiesa cuánto le costó el cuadro de Ganuchet.

Y cuando sus amigos le hablan al pintor de la aventura, responde moviendo la cabeza:

—Por el mismo precio estoy dispuesto á que me pongan otra vez la camisa de fuerza.

GABRIEL GERIN.

AMADO NERVO

[**Para Lectura Amena.**]

Hace tiempo viene hablándose en privado y en la prensa de Amado Nervo y de sus versos. Ya un periódico, ya otro, reproducen sus sonetos y sus poemas, acompañándolos de elogios diversos en tono y exten-

sión. *Helios*, Revista española, de intelectualidad moderna y *modernista*, por todo extremo interesante, le consagra un par de páginas fervientes. Se me hace saber, á propósito de la elaboración de este artículo, que el Jurado calificador de un concurso poético celebrado en Méjico, patria del autor de quien se trata, le ha discernido el primero de los premios del concurso. Uno de mis amigos me da á leer *La Hermana Agua*, y le veo que se extasía con la música *langoureuse* de esos versos amplios y vagos y flotantes, en los que hay desde la incierta ondulación de las volutas de la bruma hasta el agudo retintín de los granizos: una verdadera armonía imitativa en que la inspiración de un poeta se manifiesta por medio de expresiones naturales y á veces—también—artificiales hasta el extremo.

¿Por qué soy blanca? En premio del sacrificio mío,
Porque tirito para que nadie tenga frío,
Porque mi lino todos los fríos almacena
Y Dios me torna blanca por haber sido buena!

Dice el agua del poeta transformada en nieve.

Hay aquí, cierta incertidumbre de expresión, un desviamiento visible del simbolismo fundamental de la obra y de la misma onomatopeya, más ó menos aparente y eficaz, que viene sosteniendo desde el principio. No me sorprende que suceda así. Es el peligro común de músicos y poetas—de todos los artistas más bien—cuando afrontan la copia exacta—la copia mecánica—si puede decirse, de la naturaleza. El símil de Stendahl, según el cual el arte es como un espejo que se lleva por las calles y que lo mismo refleja el lodo del pavimento que el azul del cielo, no puede tomarse en su sentido literal y absoluto, sobre todo en lo que toca con la poesía. Mejor satisface á las condiciones del caso la fórmula concisa del Maestro Naturalista: La naturaleza vista á través de un temperamento; fórmula que se adapta, no sólo á la visión analítica y profunda que él mismo tenía de los fenómenos de la vida, sino á todas las percepciones, aun á las percepciones caprichosas y fantásticas del más *personal* de los artistas. Hay, en toda obra de arte verdadera, un elemento de voluntad creadora, un coeficiente individual, tanto más aparente y más sensible, cuanto más poderosa es la capacidad del artista respectivo, y que tiende á desaparecer ó á atenuarse á medida que se presta atención preferente al detalle exterior de los objetos. Por este camino, y en busca de simples efectos de color y de sonido, se llega con relativa facilidad á un punto en que el arte verdadero desparece, y quedan en su lugar las frivolidades del artificio. No quiero decir que *La Hermana Agua* pertenezca al número de esos juegos de rimas y de palabras en que un Southey exhibe su incapacidad poética, aglomerando gerundios ingleses en una composición sin sentido. Lejos de ser insignificante, el poema de Amado Nervo corresponde talvez, más bien, á un estado de plenitud mental confusa, á una intensidad de sensación y de reflexión en que las imágenes se aglomeran y multiplican, encaminándose por su propia superabundancia, en el sentido de una retórica más bien vocal que intelectualmente expresiva.

EL GRANIZO

¡Tin. tin, tin, tin! Yo caigo del cielo en insensato
Redoble al campo y todos los céspedes maltrato.

¡Tin tin! Muy buenas tardes, mi hermana la pradera!
Poeta, buenas tardes, ¡ábreme tu vidriera!
Soy diáfano y geométrico, tengo esmalte y blancura
Tan finos y suaves como una dentadura,
Y en un derroche de ópalos blancos me multiplico;
La linfa canta, el copo cruje, yo....yo repico!

No es, evidentemente, un versificador vulgar, de los que amontonan kilómetros de mamposterías rimadas, el que escribe estos renglones. Hay, en ellos, como en todo el poema, como en toda su obra, un hálito vital genuinamente poético, sensiblemente artístico, que explica suficientemente el entusiasmo de los adeptos del escritor. El mundo—es decir: lo que queda fuera de las parroquias literarias— se ha vuelto demasiado viejo para ser absolutamente cándido en la adopción de sus preferencias artísticas. Pero por otra parte, no es lo bastante viejo ó lo bastante sabio todavía, para ser tan riguroso como debiera en la adopción de esas preferencias; y en todo caso, está lejos su criterio colectivo, con todo lo que implica de simple labor sugestiva para formarse, de ser lo definitivo en cuanto hace á las reputaciones. Se ha repetido bajo formas diversas muchas veces: ninguna extensión de popularidad constituye argumento decisivo, y estoy antes, en lo que á mí respecta, por esas grandes impopularidades que resultan con frecuencia de la distancia que media entre los astros de primera magnitud y las pupilas oscuras y aberrantes de la turba.

Admirando, con frecuencia, más aún la admiración de los demás que las obras en sí—no tanto en el caso de Amado Nervo cuanto en otros—llego á pensar, sin embargo, que hay realmente una relajacion del gusto universal en lo referente á los poetas. Obsérvese que digo relajación y no perversión. Los grandes artistas, los artistas positivos que dan notas supremas, encuentran hoy, más que en cualquiera otra época del mundo, una atmósfera favorable de inteligencia, apta para apreciarlos. El ambiente intelectual, en la zona de las ideas independientes y de las aspiraciones estéticas puras, se despeja día por día. Pero es un tiempo de confusiones y de fatigas también, en que se ha ido, de una en otra concesión, hasta no saberse á punto fijo, cuando se exige como única norma de las obras la belleza, lo que se exige en verdad.

Se adquiere en la práctica demasiado intensa de ciertos libros, alguna rigidez de conceptos por lo que hace á la estética literaria. Y en virtud de un fenómeno explicable, todas las adquisiciones posteriores que se hacen en la materia se resienten—no sé si para bien ó para mal—de la falta de amplitud, ó como quiera llamársela, que se contrajo con la primera enseñanza. Después de todo, acaso no sea preciso arrepentirse de ello, ni valga la pena hacer esfuerzos anormales por ensancharse las puertas del espíritu. Lo cierto es que he hecho, en la medida de mis alcances, muchos de esos esfuerzos y que la satisfacción resultante en riqueza de sensaciones no ha guardado proporción con lo esperado. Esto, naturalmente, como cosa relativa. Ayer no más, por ejemplo-pues los años de que se trata son escasamente un día-veía pasar con disgusto por un cielo de tintes borrosos ciertas aves lánguidas y blancas, portadoras de un mensaje confuso para mí. Eran *Las Cigüeñas* de Valencia, y á mi lado, en redor, los escoliastas indígenas hacían en el márgen de *Las Cigüeñas* signos de maravilla, pretendiendo, por otra parte,

eclipsar con las dimensiones de un diminuto *Elzevir* una montaña de sensaciones intelectuales definitivas en su especie. Yo era simplemente *Celui-qui-ne-comprend-pas*, porque miraba desde lejos y á través de una rendija abierta entre el Saint Beuve y el Macaulay de los primeros años. Pero los otros, la *claque* estrepitosa é incompetente, no eran *El-que-sabe-entender* perfectamente, porque en arte comprender no es excluir ni transformarse, sino incluir y adaptarse al mismo tiempo. Forzosamente, en el contacto continuo con los libros, se ensanchan las simples hendiduras de la inteligencia, hasta un día en que todo un barrio de cárceles y tugurios mentales desaparece del cerebro, dejando un espacio amplio y umbroso, talvez un poco estéril de por sí, pero no, por lo menos, cerrado á los aires remotos ni á las luces misteriosas, rosadas ó espectrales, de las auroras nuevas. Han pasado por ahí los explosivos de Nietzsche, las manos robustas y diligentes de Taine, las liberalidades de Brandes, la benevolencia dubitativa del sabio de *La vie litteraire*; y ha pasado, sobre todo, la sensación pura, múltiple, de la naturaleza con su dogma único de crear, crear con todas las fuerzas y adaptar formas cada vez más nuevas y numerosas de creación á las condiciones vitales. Si son estas las amplitudes de que se trata cuando se piden amplitudes á la crítica, puedo decir con entera sinceridad que yo las tengo, que he venido adquiriéndolas al través de volúmenes en los que hay desde cantos homéricos y virgilianos hasta versos de Verlaine, de Maeterlinck y de D'Annunzio. Lo que si no se consigue, lo que se obtiene cada vez menos, cuanto más se frecuentan esas supremas comuniones artísticas, es la otra amplitud, la que sirve para admitir que se termine un poema de alto aliento y de sentido profundo, en el que abundan los versos exquisitos, con los dos últimos versos de estos cuatro:

Así me dijo el agua con místico reproche,
Y yo, rendido al santo consejo de la Maga,
Sabiendo que es el Padre quien habla entre la noche,
Clamé con el Apóstol: *Señor, qué quieres que haga!*

No es esta la expresión de una exigencia crítica de minuciosidad pretensiosamente arbitraria. Se aspira, en las obras de arte, en todas ellas, y en las literarias por excelencia, á encontrar cierto *acabado* que imponga la absorción silenciosa, reverente, casi extática. Solicitamos al poeta que hace de su emoción una fuerza y que determina en nuestra consciencia un estado de mudez religiosa. Hay, en el trazo que dan á los contornos de las obras las manos de los maestros, una impresión de firmeza que avasalla como la redondez de la ola. Y en estos poemas, llenos con frecuencia de las condiciones primordiales de la belleza, se echa, precisamente, de menos esa especie de sensación definitiva, única, que evoca en el fondo del espíritu al Dios Interior, al En Teos de los griegos: *Entusiasmo.*

IMPLACABLE

¡Qué destino sañudo, qué destino
Acopló tu existencia y mi existencia?
Yo fuí como árbol joven, en mis ramas
escherzó sus arrullos filomela
y colgaron sus nidos las alondras
y sus mieles labraron las abejas.

El sol doraba á fuego mis follajes,
la luna con sus luces macilentas
nacaraba mis frondas satinadas,
el viento descrenchaba mi cimera.

Mas naciste á mis pies, germen maldito,
y creciste á mi amparo, *infame* yedra,
y enredaste á mi tronco tus bejucos
y prendiste festones *dondequiera.*

....

....

¡Oh pulpo! *y lo peor es que te amaba,*
que aunque la voz de mi razón austera:
"apártala de ti, me repetía,
no ves que te extrangula y te envenena?"
no la quise atender......

....

Sí, te amaba, te amaba sobre todas
las cosas....*bandolera!*
me atraían tus ojos, esos ojos
dilatados cual mares sin riberas,
esos ojos tan negros y tan grandes,
con pestañas tan grandes y tan negras.

....

....

Te llamas el *quién sabe*! ese quién sabe
mas, ¡ay! demoledor que las trompetas
de Jericó, te llamas el *acaso*
el *quizá*....y *eres ogro de creencias.*

....

Se trata de la duda, del análisis; y extracto con abundancia, y aparte lo subrayado por el autor, subrayo yo mismo, señalando, por igual, las notas más altas y vibrantes y las que menos armonizan con éstas. Siento aquí, vagamente, y en lo más hondo, latir una fibra atormentada, algo como una reminiscencia moral de aquel grito de fe que se llama *La Duda* en Núñez de Arce. Pero en la ejecución, no es el puño musculoso de aquel lírico creyente, que gritaba con una voz tonante sus afirmaciones, creyendo que dudaba, como otros *creen que creen.* Aquí hay una sombra pálida y enferma, de alma más delicada y doliente que batalladora. Hay, por otra parte, la aspiración á una sutileza de expresiones, que fracasa en el vocabulario pobre, artificialmente enriquecido con vocablos de sentido objetivo, semi-pastoriles, ajenos por completo al genio de la Musa introspectiva y mórbida. Hay cierta languidez que arrulla y cierta debilidad que aflige. Hay una *Psicopatía* atenuada, de aquellas que obsesionan y conturban en los versos escultóricos, sonrientes y conmovedores de José Asunción Silva. Hay, en fin, una nota de canción enamorada y ardiente, distinta por completo de las glaciales trepidaciones con que la duda *Implacable* se encarniza en el alma delicada y soñadora de los poetas:

Me atraían tus ojos, esos ojos
dilatados cual mares sin riberas,
esos ojos tan negros y tan grandes,
con pestañas tan grandes y tan negras.

....

La sensación vívida de ternura y de melancolía que se exhala de esta estrofa, tan sustancialmente distinta de las impresiones desoladas que componen el fondo del desencanto en el caso de un Leopardi, de un Musset, de otros aún más dulces que Musset, reaparece aquí y allá, expresamente ó como vaga sugestión que flota con cada toque del pincel en torno de las figuras y los paisajes. El pensamiento permanece, entretanto, sensiblemente igual, de poca profundidad, un tanto esfumado en la bruma de la expresión insegura, un tanto indeciso en su tendencia fundamental—si no es un exabrupto hablar de tendencia fundamental aquí. Ni en *Implacable*, ni—para decirlo en globo—en ninguna página del libro, se encuentra un esfuerzo de reflexión ni de análisis. Este no es un reproche que hago, sino un aspecto que observo, y que establece de por sí, con suficiente claridad, la filiación intelectual del poeta. Amado Nervo es un moderno en toda la extensión de sentido literario que cubra esa palabra. Su libro es una serie de notaciones fugitivas, más ó menos diáfanas y musicales, que registran el *au-jour-le jour* sentimental de un alma poética, nacida bajo los signos de una constelación en la que brillan Verlaine y Baudelaire—y para los de América Rubén Darío—como estrellas principales.

De todos ellos y otros muchos—inclusive de varios colombianos—me parece observar, aquí y allá, las influencias, con más ó menos claridad, en estos poemas. El escritor de *Helios*, insiste, por medio de un recurso hábil de retórica, en poner de manifiesto la influencia preponderante del

Padre y Maestro mágico, liróforo celeste,

sobre Amado Nervo. "Este fraile galante, dice, este novio de monjas, que ha aprendido cosas del cielo en Teresa de Jesús y en Verlaine, en Kempis y en Verlaine, en San Agustín y en Verlaine, ha sabido matizar la música del verso con claridad de luna, con nieve de azucena, con lividez de niebla."... Me temo que el escritor de estas líneas—prescindiendo de que él se refiere á otro volumen de Amado Nervo y no al de que yo trato—confunda un poco las ideas y las sensaciones recibidas de sus poetas. Se diría que se trataba de Georges Rodenbach, ó del hombre delicado y misterioso de las *Serres chaudes*, en esta definición, que concede, por una parte, más atributos verlainianos de los que tiene, al de Méjico, y que hace de Verlaine mismo, por otra, una especie de Mago de lo incierto, y de lo pálido, y lo blanco, cuando es—en mi sentir—un *acquafortista* de sutilezas incomparables—incomparablemente sutiles y expresivas á la verdad—pero de una energía de diseño y una brillantez de matiz, que muy pocos después de él han alcanzado. No hay tánto, si se trata de lo etéreo, de lo vago, en los poemas de Amado Nervo, de aquel refinamiento de sensaciones interiores filtradas y depuradas, que encuentra en el Maestro su acabada expresión en esta sucesión de imágenes tristes y lánguidas y candorosas, de un poder sugestivo tan profundo, sinembargo:

Pauvre âme pâle, au moins cette eau du puits glacé,
Bois-la. Puis dors après. Allons, tu vois, je reste,
Et je dorloterai les rêves de ta sieste,
Et tu chantonneras comme un enfant bercé.

Lo que hay, es que las perfecciones de Amado Nervo, en ese dominio de las percepciones inciertas, indefinibles, en ese género de lo *Impalpable*— si me permiten llamarlo así—que constituye la nota artística sobresaliente de su obra, son algo más personal de lo que puede explicar un influjo exterior, y no sólo exterior, sino extranjero. Cuando ese influjo aparece, es con demasiada evidencia, perjudicando la espontaneidad individual, como sucede siempre que se siguen modelos de otra lengua. Se puede ser discípulo, apóstol, adepto, aun *hijo* de los escritores de la lengua propia. De los de lengua extraña, no se puede, casi nunca, ser otra cosa que intérprete más ó menos hábil, pero siempre pasivo, y con riesgo de ser servil. Me ocurren mil ejemplos de ello; y en el Amado Nervo-Verlaine de que se trata, este caso en que con todas sus excelencias, el autor es demasiado Verlaine para ser lo bastante Amado Nervo:

TENUE

Un eco muy lejano,
un eco muy discreto,
un eco muy süave:
el fantasma de un eco....

Un suspiro muy débil,
un suspiro muy íntimo,
un suspiro muy blando:
la sombra de un suspiro....

Un perfume muy vago,
un perfume muy dulce,
un perfume muy leve:
el alma de un perfume.

Son los signos extraños que anuncian
La presencia inefable de *Lumen*.

......Los pretendidos Doctores en la Ciencia literaria, son tan susceptibles de engañarse con los refinamientos de sus propias lucubraciones, como cualesquiera otros. Yo no soy un Doctor en esa Ciencia ni en ninguna otra; pero puedo, también, ser víctima de sutilezas arbitrarias de fantasía en estos párrafos de impresión individual que escribo á propósito, hoy de uno, mañana de otro—prosistas y poetas—de diversas procedencias. No *decreto*, pues, en modo alguno, sino que creo percibir más sangre propia—como he encontrado arriba un Verlaine con menos sangre—en estas estrofas que dilatan bajo un título francés sus ritmos musicales y voluptuosos:

Qué niebla tan discreta! qué paz tan oportuna!
yo soy la sola sombra que vaga por la acera
soñando, por quién sabe qué afinidad, con una
convaleciente joven de palidez de cera.

Con una noble virgen de algún país sombrío,
en cuyos senos, domos de santidad, nevados
por todas las purezas, durmieran ¡ay! su hastío
mis treinta años cual treinta romeros fatigados.....

El gris y el sepia alternan en todas las consuntas
y escuetas ramazones en donde el cierzo brega;
y se oyen dondequiera fru-frus de hojas difuntas
que fingen *las pisadas de una mujer que llega.*

....

Insisto: esto—recuerde á quien recuerde—es muy Amado Nervo, muy íntimo y personal, y extraordinariamente poético y hermoso. Debe decirse que la especie de sentido artístico sobresaliente en esta composición, se revela en el libro con frecuencia. Es lo que hace de él un libro poético y del autor un poeta, á pesar de las chocantes desigualdades de su factura y de las hojas mustias y desteñidas, como de árbol enfermo y fatigado, á las que no llegó la savia de inspiración en suficiente abundancia para impedir que se frustraran. ¿Cómo hacer para que el poeta no hubiera escrito tras de estos versos,—tras de otros purísimos llamados *Ruptura tardía*, en que una melancolía inmensa de amor y de tristeza resignada se difunde—para que no hubiera escrito, digo, un soneto mediano, tan mediano que es mediocre, á D. José María de Heredia! Y no es ese tansolo. Hay otros aún. Otros sonetos, para que más se note el pecado: *La Flauta de Pan*; *El Héroe*, que recuerda á Díaz Mirón; *Eventail*, que es como Salvador Rueda; *Manchon*, que es casi insignificante; *Doña Giomar*, parecido á Rubén Darío y superior á los otros que menciono. Un *Felipe II*, esa figura hosca, secular, de aberración fúnebre y sangrienta, que se yergue en la penumbra de la Historia, de pies sobre el palacio colosal en que encarna sus ideales estériles y fríos, y que no responde, sobre la página de Amado Nervo, á pesar de la correcta ejecución, á lo que pudiera esperarse de la capacidad del poeta y dada la riqueza de sugestiones del modelo.

A despecho de la completa independencia con que los poetas de los últimos días buscan sus inspiraciones, sujetos como están á esa pobreza que tienen en su conjunto las percepciones y sensaciones del hombre—y sobre todo el hombre en cada época determinada—giran eternamente en un círculo de *motivos* poéticos que acaba por asumir una monotonía irremediable. Encuentro en estas páginas, así, unas *Cigüeñas* que me dan nostalgia de las del poeta de los *Ritos* y un Sátiro senil (*El viejo Sátiro*) que evoca en mi memoria *La vejez del Sátiro* de un poeta de nuestro país y aun creo que de nuestra tierra, que es uno de los más consumados artistas que hayan condensado sus sensaciones en versos, revelando al hacerlo, la sujeción estricta á un ideal de belleza definido y completo. Hablo de Víctor M. Londoño y expreso sin vacilación mi aprecio por sus versos, porque me atrevo á esperar que no se eclipsarán sus capacidades con demasiada facilidad en la atmósfera de las medianías satisfechas. Tanto *Las Cigüeñas* de Valencia como el *Sátiro* de Londoño, perjudican en mi apreciación actual á las piezas correspondientes de Amado Nervo.

Y digo al veros de mi reja inmota,
Pájaros pensativos de albas pennas:
Quién pudiera volar á donde brota
La savia de tus mármoles ¡Atenas!

Suprema expresión de una idealidad de belleza austera y para que

encuentra su concreción plástica en el espíritu de Londoño cuando esculpe las estrofas respectivas. Hay algo helénico, efectivamente, en el corte límpido, transparente y sensual de estas estrofas:

Reclinado en la hierba que humedece la tarde,
Calla el Sátiro adusto. Con mirar afligido
Ve la copia doliente de su rostro cobarde
En el fondo sereno de las aguas sin ruido.

....

....

Van trepando las sombras á los picos del monte....
Con la mueca lasciva sobre el labio altanero,
Erizados los muslos, mira el turbio horizonte
Y sacude las ramas bajo el puño de acero.

...Habría que copiarlo todo, pues lo demás es mutilación y profanación.

Se diría, volviendo á Amado Nervo, que en esa peregrinación de los treinta años fatigados, á que se hace referencia en estrofas de elección ante citadas, no había tenido tiempo para fijar sus aspiraciones encaminándolas hacia un tipo de creación definitivo y perfecto. Un soplo de abandono, la especie de relajación interior profunda, inexpresable, que sufre el pensamiento y que todos—por humilde y oscura que sea nuestra labor intelectual—hemos experimentado, parece con frecuencia sobrecogerle, á la hora, justamente, en que son indispensables los esfuerzos máximos para romper victoriosamente las mallas en que el oscuro enemigo interior con que se lucha en la labor del pensamiento, parece por instantes querer extrangularlo. Amado Nervo—si he de expresar mi concepto con una imagen brusca—tiene blanduras de cera y asperezas de arcilla. Recibe y deja trasparentar con excesiva ductilidad las sugestiones de los otros poetas, oscilando así entre las *Lubricidades tristes*, que proceden de Baudelaire y que recuerdan á Wilde, y *El violoncello*, en el que hay una manifiesta reminiscencia de Mallarmé, en su manera más turbia y extravagante. Esto, en resumen, equivale, casi irremediablente, á una acusación que debe tener todos los horrores para cualquier artista consciente. Es como decir que se carece de estilo.

Del mismo origen procede, probablemente, en análisis estricto, la falta de ese rigor de ejecución, que tiene, para los que aman el verso y comprenden, con la palabra de nuestro Silva, que "el verso es cosa santa", la misma seducción que los rigores del ascetismo absoluto para los místicos acabados.

El hombre que se busca á sí mismo, titubeando entre influencias y seducciones conflictivas, pierde forzosamente, en la maestría especial que conduce al predominio de la voluntad sobre todos los obstáculos interiores y externos. *E se tu sarai solo, tu sarai tutto tuo*, solía decir aquel genio multiforme del Renacimiento Italiano, que afrontaba con tánta serenidad los más graves y oscuros enigmas en el esfuerzo por fijar todas las formas y descifrar todos los misterios de la vida.

Me abstengo, voluntariamente, de penetrar en más detalles á propósito de los *Poemas*. Son hermosos, con una hermosura que contrista,

porque podría haber sido más alta y más perfecta y porque causa la impresión de una inercia voluntaria, de una debilidad consentida, de un enervamiento culpable, que no ha querido ó no ha osado levantarse cada día, cada vez, á la altura de una ejecución como las que exhiben *Piedad*, *Clarobscuro*, *Mi Saint Denis*, un diestro *Madrigal aliterado*, los esplendores insólitos del soneto *Noche ártica* y este *Sonetino* delicado y gentil que me complazco en copiar:

Alba en sonrojos
tu faz parece,
no abras los ojos
porque anochece.
Ciérra, si enojos
la luz te ofrece,
los labios rojos
porque amanece.
Sombra en derroches,
luz, sois bien mías!
ojos obscuros,
muy buenas noches!
Labios maduros,
muy buenos días!

Expresando mi última sensación en un voto, querría que Amado Nervo hiciera, antes de emprender otros Poemas, una peregrinación á los más altos santuarios de la poesía moderna; un viaje vivificante, de penitencia espiritual, en que partiendo del jardín de las adustas estatuas Parnasianas, camino de las perfecciones de Leopardi, llegara á la floresta Germánica en que vierten los laureles sus sombras seculares sobre los grupos olímpicos de Goethe. Sería, talvez, toda una revelación de fuerzas nuevas y de secretos desconocidos, que le hicieran exclamar como el poeta de las divinas *Elegías*, exaltado por la pasión, ante la forma escultural viva y desnuda:

Dann versteh ich den Marmor erst recht!

S. RESTREPO.

Medellín, Septiembre 14 de 1904.

LEY 51 DE 1898 (15 DE DICIEMBRE)

sobre prensa.

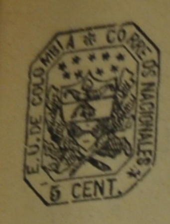
EL CONGRESO DE COLOMBIA

DECRETA:

Disposiciones preliminares.

Art. 1º La prensa es libre en tiempo de paz; pero responsable con arreglo á las disposiciones de la presente Ley.

[*Continuará*].



Alberto Arango T.



APARTADO N.° 72.

MEDELLIN---COLOMBIA

COMERCIANTE Y COLECCIONISTA DE SELLOS DE CORREO

Compro permanentemente sellos nacionales y extranjeros por 100 y por 1.000, en buen estado y cancelados ó nó. Haced ofertas por correo.

Precios especiales para sellos antiguos de Colombia y Departamentos, por 10 y por 100. Sellos antiguos extranjeros no tomo sino hasta 5 de cada uno.

A los poseedores de sellos antiguos de Colombia les aviso que con toda confianza pueden remitirme por correo muestras de ellos, y á vuelta de correo les daré los precios á como los pago.

Puedo remitir en pago dinero ó mercancias de esta plaza. Sello es lo mismo que estampilla

Referencias, las mejores á solicitud.

Tengo permanentemente un magnífico surtido de estampillas extranjeras, todas diferentes y muy bonitas, que vendo á muy buenos precios. Los coleccionistas que deseen aumentar sus colecciones ó los que quieran hacerlas, pueden aprovecharse de esta magnifica ocasión y hacerse á muy buenos sellos.

Los que deseen hacerse coleccionistas, afición muy agradable y lucrativa, pueden dirigirse á mí, que con mucho gusto les ayudaré á conseguirlo.

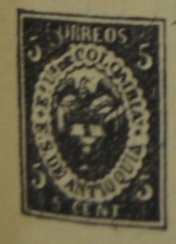
Correspondencia por correo.

COLOMBIA POSTAL

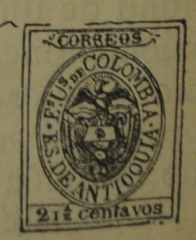
REVISTA MENSUAL FILOTELICA Y CARTOFILA

Suscripción por un año......$ 100 papel-moneda.

Director, Alberto Arango T.



Gran surtido de tarjetas con vistas de Europa, hermosísimas y á bajos precios.



LA MASCOTA

Cantina de lujo, sita en los bajos de la casa del Sr. Juan Crisóstomo Uribe, está á la orden del público de hoy en adelante. El mejor surtido de licores, rancho y dulces. Estará abierta hasta las 12 de la noche en los días de función, y los demás días hasta las 10 p. m.

Propietario, RAFAEL MORA V.



COMERCIANTE, IMPORTADOR Y COMISIONISTA

ESTABLECIDO EN 1886.

—MEDELLIN—COLOMBIA—

Por alambre: RICARDO. Apartado número 2.

3—1

Para abrir pagos,

pase Ud. á calmar sus irritaciones y calores á la Heladería Central, situada en los bajos de la casa de D. Pablo Melguizo, Plazuela de San Roque, para proporcionarle muy buenos helados y salpicones de todas las frutas conocidas.

EMILIO ARANGO R. 3—1

BILLETERAS Y CARTERAS

Lo mejor y más nuevo que se ha introducido á Medellín hasta hoy. De todas formas y tamaños.

LIBRERIA DE A. J. CANO 6—1